

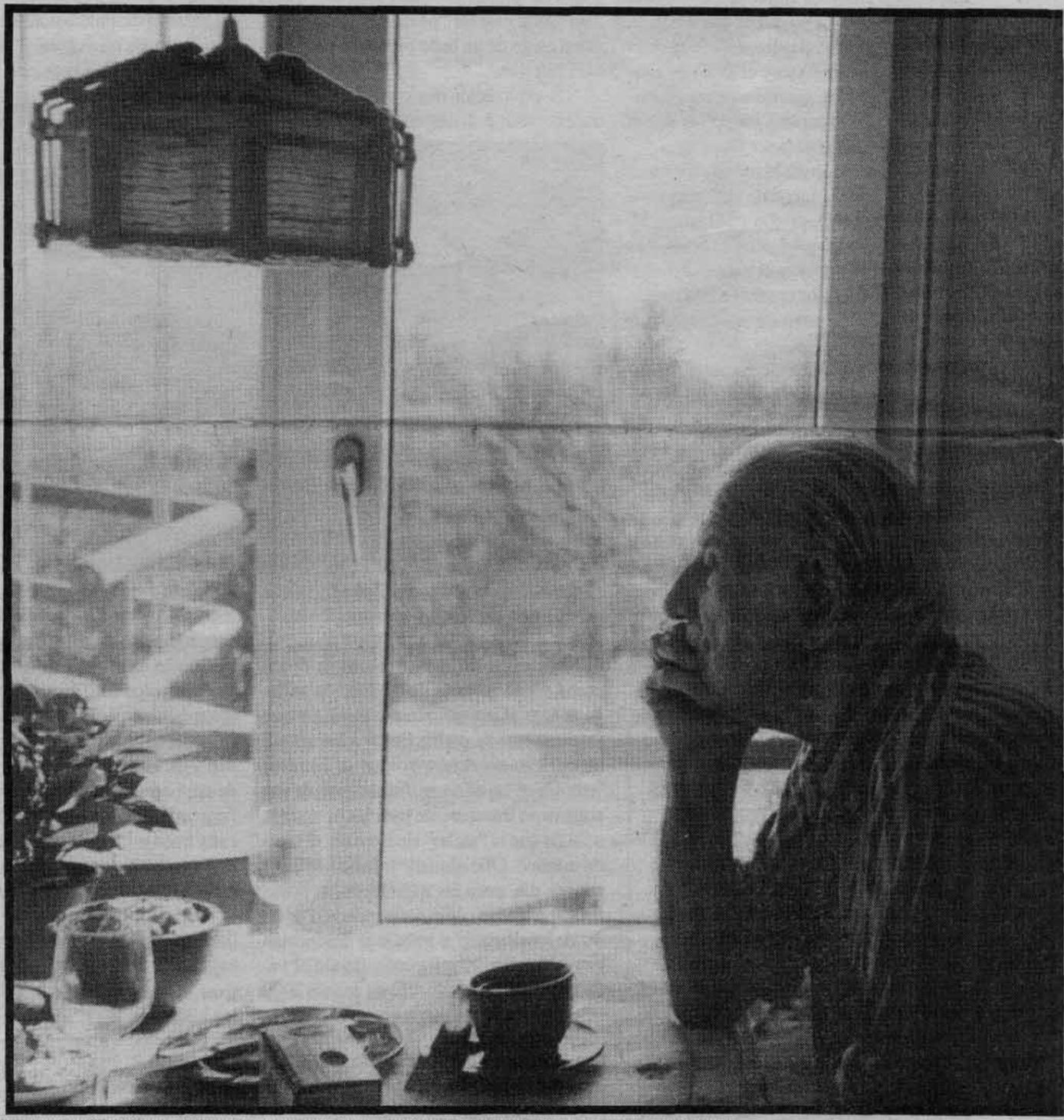
EXCLUSIVO

La entrevista
póstumaDrogue
corazón al

Presentamos a continuación la segunda y última parte de la entrevista exclusiva que concediera a "Punto Final" el gran escritor chileno Carlos Droguett, fallecido el pasado 30 de julio en Berna (Suiza).

Cambiamos de aire, ¿qué le parece? En sus novelas y narraciones el lector se topa a menudo con seres no inventados, chilenos o extranjeros, personajes de la historia, Bernardo O'Higgins, José Miguel Carrera, José Manuel Balmaceda, Pedro Aguirre Cerda, Arturo Alessandri y, por supuesto, Salvador Allende, pero también otra gente, el padre Escudero. ¿Por qué?

"No es un misterio, tampoco una predisposición o una fanfarronada. Ya lo hemos hablado. Lo que he escrito, todo lo que he querido escribir, se inserta en la realidad, la mía y la de mi tierra. Todo, hasta mis páginas medianamente fantásticas. En lo que respecta al padre Escudero, yo necesitaba de un cura, un hombre de Dios para que le hiciera sombra y compañía al pequeño Bobby, el desventurado niño protagonista de 'Patatas de perro'. ¿Para qué inventar un personaje si lo tenía a mano? Yo no tengo imaginación desgraciadamente, no soy un inventor de literatura, sólo un cronista de la realidad, también de la irrealidad, esa otra forma de lo concreto. El cura Escudero como personaje me interesaba mucho. Era un tipo contradictorio, un ser de dos chapas y dos versiones. Un hombre de Dios y un carajete. Como se lo dije alguna vez y se quedó callado. *Padre, si usted me sigue molestando, como cuando era su alumno en el colegio, lo voy a meter en mi próxima novela, pues necesito de un carajo.* No, él no era un carajo, pero ganas no le faltaban para serlo. Su maldad residía más en su lengua que en las manos de sus acciones. Un hombre de Dios, en suma, mitad ángel, mitad bestia. Un ser contradictorio, un primitivo, un huaso bruto de Linares, como se calificaba él mismo. Uno de esos curas que se suelen encontrar en la novela de Pío Baroja, su antiguo amigo, un cristero de la novela de la revolución mexicana, un héroe o antihéroe de Martín Luis Guzmán, de Mariano Azuela, de Agustín Yáñez, que fueron sus amigos. Cuando, hacia la década del 50, si no recuerdo mal, se rumoreaba que sería designado General de la Orden de San Agustín, le pregunté si aceptaría. Seguro que no, me dijo, antes abandono la sotana que viajar a Roma. Nadie me saca de mis libros y papeles, yo no soy un hombre de genuflexiones sino de reflexiones. Otro día lo sorprendí en plena tarea de llenar sus maletas, pues viajaba a Cuba o a California, ya no recuerdo. Ah, por supuesto que no, me respondió, *esos trapos se quedan en casa, pues viéndome ensotinado, si alguien vocifera en el avión contra Cuba, o en la Habana Vieja, en Miami, o en Los Angeles alguien me tira una grosería, un negro, un blanco, un amarillo o un ceniciento, la bofetada que le voy a lanzar se enredaría en la sotana. Yo no estoy de acuerdo con Cristo en la especie, yo no pongo la otra mejilla.* Viéndolo, me sonreí saboreando ya el personaje de mi futura novela. *Padre si usted me sigue molestando...* Recuerdos del colegio: muy malos recuerdos del colegio. Aunque para ser verdicos no lo pasé mal. Tampoco muy bien. El cura Escudero, por aquellos años de la década del 20, era el peor enemigo que tenía yo en las aulas, aunque él después lo negara. Cuando por aquellos días se rumoreaba por la prensa escrita o radiada su probable designación como General de la Orden, una entrevista que le fue solicitada se desarrolló en los siguientes términos: Padre, en sus largos años de profesor de literatura en San Agustín, en los colegios



de monjas, en la Universidad Católica de Santiago, en la Universidad Católica de Valparaíso, ¿cuántos alumnos ha tenido? A ver... a ver..., digamos que unos 25.000. ¿Recuerda a algún alumno de modo especial? Sí, desde luego, ¡Carlos Droguett! ¿No le da vergüenza, padre?, reflexionaba yo, mientras él me pasaba dos libros que me acompañarían en mi viaje a La Habana, con saludos para sus amigos Lezama Lima, Alejo Carpentier y Nicolás Guillén. Una antología de José Martí, que luego me expropiaría Roberto Fernández Retamar en Casa de las Américas, y 'Les Dames Galantes', de Brantome. Un héroe y un

sucio. Sí, monologó, Brantome es un cochino, pero sus cochinadas son exquisitas. Un plato. Padre, usted es un plato, ¡pero no un plato hondo! El se reía condecorado por mis palabras. Un personaje de novela. Tendría que haberla escrito y no lo hice. Ya no lo haré desgraciadamente. El cura protagonista de 'Patatas de perro' no es él, de él es sólo su nombre. Sin embargo, el cura no estaba contento, yo no había sido del todo exacto, no lo había captado del todo. Un ejemplar del libro que él me pasó, frente a la posibilidad de una nueva edición, contiene al margen una cantidad de observaciones, de innovaciones, de

proposiciones, de puntos vos, interrogativos... que los tomé en cuenta. *Padre tando...* No, no escribí la n no intenté siquiera diagram que se incorporara entre lo el Obispo de Hipona, desde Juan de Avila, Catalina d resca, que para él era def psicología del ser español conquista y saqueo de An dorosa novela picaresca e

Uet a bierto

generaciones, Rubén Darío en Chile, el modernismo en el Río de la Plata, las novelas históricas de Blest Gana, el folletín en la literatura colonial... Y es académico, padre, y hasta dice que él honradamente merece ser galardonado con el Premio Nacional de Literatura... Sí, Carlos, no es su culpa haber nacido imbécil, su contacto con los libros no tiene otra explicación que su padre tenía una librería de viejo, ahí en calle Claras frente a la Biblioteca Nacional. Sí, padre, pero ahí lo tiene usted, a don Floripondio, publicando un libro cada dos meses, seis libros por año, una cantidad de adobes... Una hemorragia de barro, padre...

Sí, sí, sí... decía el padre Escudero, reflexivo, el pobre Raúl no escribe libros, ¡caga libros!”.

PREMIOS QUE NO PREMIAN

¿Cuál es su opinión sobre los premios literarios? ¿Son útiles, perniciosos? ¿crean un ambiente, sirven de estímulo?

“Habiendo ganado algunos, no sólo en Chile sino en el extranjero, no sólo en la comuna de San Miguel sino en otros santos del calendario, puedo opinar con toda libertad, como lo hacía Miguel de Cervantes en el conciliábulo, tenida de gala en la logia número 69 entre el cura y el barbero. De ahí se saca en limpio, o en borrador, última copia de papel calco, que los premios literarios no sirven para nada, que no agregan nada sino centavos en el bolsillo agujereado o respunteado del elegido. Camilo José Cela, a su regreso de Estocolmo, entrevistado por los periodistas acerca de sus motivaciones post premio, contestó con alguna sorna: *Me servirá para pagar algunas deudas*. Deudas bien terrestres, de vida doméstica y corriente, de muerte corriente, deudas comunales y no descomunales. Es obvio y más claro que la noche oscura del alma, que un premio de literatura cualquiera -y todos son cualquiera, de barrio, de distrito, de provincia, nacional, internacional o interestelar, Goncourt, Strega, Nobel- no agrega nada, no entrega nada sino un bien dorado cheque. El premiado imbécil, imbécil premiado queda. Más notorio como imbécil que como premiado ahora. El genial y premiado -ha habido casos en la historia de las letras- sigue genial a pesar del premio, tal vez un poco apremiado, tal vez un tanto exhibido en demasía, desnudo en el tejado de vidrio de su propia conciencia, de haber procedido como todos, él que no es como todos, el curioso enfermo, *el hombre solo en medio de la multitud*. Si no, vean ustedes los galardonados de la era de Pinochet. No los voy a citar a todos, no soy tan sucio ni tan cruel, tengo, si no respeto por mí mismo, por la gente que me lea. Un solo ejemplo, un poeta a pujos, un ocioso, un vagabundo de la calle Ahumada y sus tristes cafés, un tenaz ignaro, una larva babeante y carraspeante, autor de odas, de discursos, de borras del gran poder, como nadie lo tomaba en cuenta sino para reírse, en su orfandad y en su ociosidad permanente y alente, a cargo de sus pobres hermanas que lo vestían y lo alimentaban, raspó su último fósforo, en realidad el primero y el único y publicó, en los meses posteriores al 11 de septiembre una oda a la Junta Militar, para que le tiraran la pitanza del Premio. Naturalmente, fue premiado. Llamado con absoluta exactitud, no por mí sino por sus amigos, *Braulio Apenas*.

En aquel astroso tiempo, aún tan cercano, la desvergüenza, el cinismo, eran tales que el desierto de Atacama y el desierto del Sahara eran el jardín del Edén a su lado. La barbarie y la desvergüenza en libertad bajo fianza eran tales y a tanto extremo que un llamado Efraim Szmulewicz, en un corto volumen acerca de la historia de la literatura chilena, insertó entre los novísimos autores a un tal -textual- Augusto Pinochet. Tal vez por aquello de que la letra con sangre entra... Ni valor intelectual ni coraje moral para calificar a los autores, premiados o no,

estudiados o no. Los hechos bastan por sí solos. Yo he citado el caso de Gabriela Mistral. Negada en Chile, silenciada en Chile mientras en México, el ministro de Educación de la época, José Vasconcelos, la llamaba públicamente para que se hiciera cargo de la reforma educacional de su país. Y no olvidemos tampoco que el Premio Nacional de Literatura le fue otorgado con posterioridad al Premio Nobel. Una famosa desconocida en su tierra. En la década del 40, finales del período, cuando una editorial francesa dudaba de publicarla o no, consultó a los representantes diplomáticos chilenos si Chile podría respaldar económicamente la edición, pues la premiaban o no, no se sabía. Hasta que salió el fallo de la Academia sueca y la edición francesa fue rápidamente preparada, con prólogo de Paul Valéry. ¿Por qué Valéry?, se indignó ella. Nada tenemos en común los dos, ni la lengua ni nuestra visión del hecho literario. El es un exquisito, un frío, un intelectual, un cerebral, no lee español, no me lee. *Cuando fuimos presentados, nos dimos la mano con gentil indiferencia*, recordaba ella. No, Valéry ni por nada. El es un europeo. Yo una india, una mestiza. No tenemos nada en común, ni siquiera la poesía. Miomandre sí, Francis de Miomandre por supuesto, me conoce personalmente, me lee directamente en mi lengua, me conoce no sólo a mí sino a mi tierra y mi lengua, que lee y traduce, sea mexicana, argentina o caribeña. Y fue así como, quien fuera años después mi desconocido apoyo y padrino en la lejana Europa, lanzó a Gabriela Mistral en los exclusivos medios intelectuales del viejo continente, que pronto la hermanaron con Ada Negri, Sigrid Undset, Selma Lagerlof, voceros de sus tierras natales, de sus ansias, amores, sufrimientos y, especialmente, de la desolada y conmovedora infancia”.

¿Usted conoció personalmente a Francis de Miomandre?

“No, desgraciadamente no. Cuando estuve en condiciones de viajar por primera vez a Francia, él ya había muerto. En la prehistoria de mi accidentada carrera de ensuciador de papeles, Miomandre fue mi ángel guardián, mi oxígeno, la bocanada de aire fresco que me hacía falta. No faltaron sarcasmos en la prensa y en los corrillos de los frustrados y los ociosos, que se ríeran de la dedicatoria que inserté en la portada de *Sesenta muertos en la escalera*, que él se disponía a traducir al francés, según me informaba en una de sus últimas cartas. Ya antes, sin conocerme personalmente, como he dicho, sin mayor información mía que la que le proporcionaban mis cuentos de juventud, me había hecho publicar una larga narración en *Les Nouvelles Littéraires* y luego en *Les Cahiers du Sud* de Marsella, con estas generosas palabras: *Sa vision de la vie, profonde, pathétique et quelque peu à force de passion, n'est pas sans analogie avec celle des grandes scandinaves*”.

Notable, ¿verdad?

“Milagroso, en realidad. Fue ese escritor francés, a quien no llegué a conocer, quien me salvó la vida, quien sin saberlo él, me dio la seguridad para trabajar sin parar, sin tregua, sin respiros, sin vacaciones, para decir lo que creía debía decir”.

PASION DE ESCRIBIR

Usted ha tenido, pues, una larga vida, una larga vida llena de trabajo periodístico y literario. En el exilio, ¿ha seguido escribiendo? ¿Qué temas, novelas, narraciones, ensayos?

“Sí, desde mi adolescencia, desde mucho antes del milagro Miomandre he escrito y publicado, primero en revistas infantiles o para la juventud, juventud del año 30, con seudónimos o con mi nombre; mucho de eso se ha perdido, como las cartas de amor del adolescente que no está más enamorado porque

(Continúa en la página siguiente)



CARLOS Droguett en su hogar en Wabern (Suiza), julio de 1995.

suspensivos, exclamativos, sus fervorosos penitentes, padre. Escrita con sangre y no con tinta, padre. Un día le pregunté si me podía explicar por qué él frecuentaba gente que despreciaba, por vanos, por embusteros, por frívolos, por mentirosos, por estúpidos. Hay que conocer la vida, murmuraba, no tanto mirándome como respondiéndose a sí mismo; la mierda, o bien la pisa, peligrando resbalar y acostarse con ella, o te apartas bendiciéndola. Pero Silva Castro, padre, es un pobre diablo, muy bien vestido, jefe de sección en la Biblioteca Nacional, donde pasea su suficiencia, consultando títulos, fechas, autores, escuelas, períodos,

cree estarlo. Escribía sin certeza, sin amor, sin pasión, como el adolescente sus cartas de amor, sin amor, efecto de la soledad, de la orfandad, de la duda, del anonimato, ¿por qué estoy aquí, para qué estoy aquí y hasta cuándo? Escribía por diversión, por distracción, para aturdirme con el vino sin alcohol de mis vaporosos ensueños, para embriagarme con el opio que es a veces la literatura cuando no nace de las entrañas sino de otras musarañas adventicias, la

la normal vida o la vida anormal no tiene tema escrito o lo supone y susurra todos, sin prometer nada, sin entregar nada, ni oro ni billetes, si no el billete anónimo de tu salida del mundo, donde consta que exististe o no exististe, mucho, poco, casi nada, volvamos a comenzar. Y las asombrosas ocurrencias, que te empujan más adentro en la vida o en el silencio. A la altura de mi vida, que es en realidad un descendimiento, no sé si publicaré algo más. Lo importante

que la tropelía de conocidos desconocidos: Vicente Huidobro, Alberto Romero, Luis Durand, Antonio Acevedo Hernández, Emilio Rodríguez Mendoza, Nicomedes Guzmán, Jorge González Bastías, Jerónimo Lagos Lisboa, Magdalena Petit, Alfonso M. Escudero, Augusto Santelices, Daniel Belmar, Alfonso Alcalde.

De algunos de estos ignorados, y muy valiosos, vale la pena hacer algunos recuerdos. Vicente Huidobro

no fue premiado gracias a la meticulosa envidia de Pablo Neruda, quien temía le hiciera sombra quien era ya muy conocido en Europa como gran poeta y gran innovador. Había pasado el tiempo en que el pobre estudiante de Temuco, hijo de un maquinista de tren -lo que biográficamente es una magnificencia y un regio regalo del destino-, había abandonado su pobreza, es decir su miseria, cantada por él mismo, para devenir personaje nacional, primero, después personaje internacional, gracias al amoroso apoyo de Delia del Carril, de la sociedad argentina, y además millonaria, quien se lo llevó a Europa y lo hizo ingresar a los mejores círculos sociales y ar-

tísticos. Por lo demás, ya Pablo Neruda formaba parte del grupo de los llamados *boys* de Pablo Ramírez, tipo sumamente inteligente y sumamente maricón, quien lo hizo nombrar cónsul de Chile en alguna parte de Asia.

Regresado a Chile, galardonado con premios literarios internacionales, todos otorgados por partidos comunistas, Neruda pudo ya deshacerse tranquila y sucesivamente de sus antiguos aleros poéticos y culinarios. Dos voces poderosísimas y trascendentales: Vicente Huidobro y Pablo de Rokha. En su ausencia de Chile, Neruda había sido atacado a malsalva por figureros, o figurones, del partido comunista criollo, ya que él no era todavía feligrés con carnet, entre ellos Volodia Teitelboim y Eduardo Anguita, el niño de las monjas, quienes públicamente acusaron a Neruda de ser un plagiaro de Rabindranath Tagore. Era atacado en su ausencia y respondió magníficamente:

*...tengo lleno de pájaros el pelo
tengo llenos de palomas los testículos,
tengo poesía y vapores, gente que se ahoga,
incendios, ruinas, en mis caballerías,
y me cago en la puta que os parió,
derrocas, patibuos, vidobras,
hoy ni mañana ni jamás acabaréis conmigo...*

Hasta aquí trozos de mi informe al cónsul de Chile en alguna región europea. Apasionado, es verdad, -lo escribí yo-, pero informado y auténtico. Perfectamente, y en demasía, se podría formular una antología de grandes escritores chilenos vomitados del famoso y relativamente ansiado Premio Nacional. Y una segunda antología, o codicilo de la primera, con los grandes nombres, conocidos o desconocidos suicidados de nuestras letras: Joaquín Edwards Bello, Pablo de Rokha, Jaime Rayo, Alfonso Alcalde.

Suicidados por el asesinato llamado suicidio. Junto a la mano que aprieta el gatillo del pistoletazo -Edwards Bello, De Rokha, Jaime Rayo-, o trenza la cuerda de la horca, se puede rastrear la mano invisible y segura del asesino, la sociedad, aunque no sea la sociedad de escritores, la familia indiferente, doméstica, lejana y reunida en el comedor, en el pasadizo, en el saloncito... La espantosa lejanía de la ma-



EL padre
Alfonso
Escudero,
Carlos Droguett
y Manuel Rojas
en los jardines
del colegio
San Agustín.

falta de mamá, los suspiros sin sufrimiento y sin destinataria. Esos años de duda y de búsqueda, sin saber qué dudaba, qué buscaba, se reflejan probablemente en algunas de mis primeras páginas no publicadas, digo bien publicadas y no escritas. Felizmente para la ecología, nunca cometí la barbaridad de publicar todo lo que escribía, quiero decir todo lo que yo creía había escrito. En aquel tiempo conocí, por efecto de uno de mis cortos textos núbiles, a quien años después, no muchos, desgraciadamente para ella, había de ser mi mujer. Para ella, el muchacho que se recuperaba de una enfermedad que había de ser crónica, no la enfermedad literaria, desde luego, pues ella era, supongo y supongo bien, era de nacimiento, escribí, no publiqué, mis primeros versos. Un ejemplo:

*El volcán es un cerro suicida,
enamorado, soñador, se ha saltado la tapa
de los sesos
al ver sus esperanzas idas,
y se ha vaciado todo aquello
que tenía dentro,
el fuego de su pasión,
la lava, canas de sus sufrimientos,
cenizas de su ilusión.
El volcán estaba enamorado de esa montaña
de más allá,
soñaba con dormirse en su falda,
pero ella no lo quería
porque él tenía deformada la espalda.*

Yo tenía 16 años y, al menos y además, tenía esa disculpa. Por lo demás, desde entonces he tratado, todo el tiempo, de tener 16 años. Contesto la segunda parte de su pregunta. Sí, en el exilio, exilio sin regreso, he seguido escribiendo. Novelas, viajes, narraciones, ensayos, teatro. El teatro es la vida, la versión o expresión más directa de la vida. Todos en este mundo, no sé en el otro, somos actores, algunos formidables, famosos, fastuosos, insolentemente grandes, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Racine, Corneille, Racine, Molière, el grande y desventurado Molière, ya lo dijeron. Este mundo es un fandango, un tinglado, un escenario de corte o larga duración, sin eco o con eco y resonancia legendaria, sólo algunos descuellan, sólo algunos persisten después de muertos,

y esencial es escribir y publicar es lo secundario, publicar es a veces, y más a menudo de lo que pensamos, una villanía, un cobarde ataque en despoblado. Pero en este erial y desierto, he tenido de vez en cuando algunas satisfacciones. No hace muchos años, una amiga mía, traductora de 'Eloy' al holandés, me envió la curiosa oferta de un editor de Amsterdam. Quería publicar un texto mío inédito en castellano. 'Punto Final' lo tiene en estos momentos en sus manos. Primera providencia. Una novela inédita, la más reciente, me parece, la más larga, estoy seguro, está siendo, quizás lo siga siendo, examinada por estudiosos de la literatura hispanoamericana. Es el texto de que hablamos hace un rato, aquel que, encontrándose listo para entrar en prensas en una casa editora de España, no lo fue finalmente, porque el testarudo autor se negó a suprimir la dedicatoria a Salvador Allende, asesinado el martes 11 de septiembre de 1973 por...".

PREMIADOS Y OLVIDADOS

Señor Droguett, ¿no nos hemos perdido un poco en nuestra charla? Creo que hablábamos de los premios literarios, nacionales o extranjeros, elementales o trascendentales. ¿No le parece útil decir algo más?

"Si usted quiere acercarse al fuego sin quemarse, no me niego a hablar. Vivo tan solo, hablo con tan poca gente. Y, exactamente, no hace muchos meses, un cónsul de Chile en estas tierras europeas me llamó para decirme que le interesaba mucho, para su información consular, conocer mi opinión personal sobre este punto, o estos puntos suspensivos. Le envié, pues, al diplomático, no tanto un informe personal sobre la materia, sino nada más que mi punto de vista personal y pasional. Tratando de ser objetivo en mi subjetividad..."

Junto a la lista oficial histórica de premiados, fácilmente se podría formular otra lista paralela de aquellos infortunados realmente valiosos que nunca fueron premiados y que, con toda seguridad, tienen asegurada su permanencia y vigencia mucho más

dre, porque ahora reside en el camposanto, o del padre, ausente, aunque esté presente, enredado en sus hilos telegráficos, aislado o indiferente. ¿Esto lo escribiste tú o lo copiaste? le preguntó con pasajera insistencia su querido papá al niño que le tendía, humilde y radioso, un papel en que había garrapateado su primer balbuceo. Ese lejano niño sin eco es quien escribe estas líneas trasgresoras, tan trasgresoras como las otras. De manera, pues, que, sin salirnos del tema, literatura y premios, ¿por qué y para qué se escribe? ¿Para ganar unos centavos suculentos o un coloreado diploma que va a envejecer antes que tú mismo? ¿No se ha de escribir nada más por esa causa tan mínima y definitiva, sólo y nada más porque no se puede dejar de hacerlo? Se nace o no se nace contaminado. La literatura es una enfermedad mortal, pero no se adquiere por simple contacto, como el sida. Socialmente, o jurídicamente, los profesores, críticos, catedráticos, que otorgan regularmente en el tan traído galardón, esa inmortalidad provisoria y condenada a muerte; ¿no son unos estafadores, no lo han sido, no lo están siendo, despilfarrando los dineros públicos? Y, sin quererlo, entro pues, en el tema Ecología y Literatura”.

ABRIENDO EL CORAZON

Tema de tesis y manifiesto, señor Droguett...

“Podría ser, podría hacerse o intentarse, pero yo ya no tengo tiempo, se me ha ido todo mi tiempo por los bolsillos agujereados. Es, tal vez, una pequeña obsesión. Se ha dicho con alguna exactitud que se entra en literatura como se entra en religión. Por la pasión y pureza inicial, por el renuncio y entrega total. Porque la literatura es, o debiera ser, como la música o la pintura, un nacimiento y una muerte,

concretos, banales, carnales, bancarios, sociales, egoístas, cercados y limitados, ferozmente precarios de la vida exterior y mundana y su abigarrada faramalla y llamarada, ruido, orgullo y escándalo. Como se entrega en religión. Cuidarse para seguir vivo o comenzar a estarlo. El último acto, el único, el solo verdadero. Una unción, una consagración, una extremaunción. En la vida actual, en la hemorragia de la vida actual, en la manada vociferadora de la vida actual, ser escritor, o tratar de serlo, no tiene sino un fin preciso, odioso, vertiginoso y sin reparos, ganar dinero y fama, ese otro dinero tan gastable y tan moneda falsa. ¿Y el otro dinero, el invisible, más esquivo y escaso y de tan escasa circulación, el dinero invisible, más esquivo, resbaladizo, antisocial y escaso, la gloria, la única y real, la que no circula ni relumbra, la que irradia hacia dentro, hacia adentro, hacia ninguna parte, hacia todas las partes? A veces me pregunto, todo el tiempo, debajo de mi casa, clavado en el banco de la escuela, de la universidad, de las aulas, en el banco terso de la duda, de la soledad, de la negación hasta tres veces, de la postergación hasta el jueves, todo el tiempo y toda la vida me he estado preguntando, golpeándome la conciencia, la sangre, el pulso, la gota de sangre, de tinta, de lágrimas, de vacilaciones, instalado para siempre en mi soledad esencial, todo el tiempo, fuera del tiempo, de la ropa del tiempo, del papel arrugado del tiempo, solo sin nadie junto a mí, ni dentro de mí, en mitad de la noche, sentándome y adormilándome en el gran avión que me llevaba de La Habana a la Isla de Pinos, donde estuvo preso encadenado el niño José Martí, siempre, siempre, siempre, a bordo de mí mismo, solo sin nadie, incluso sin mí mismo, me he estado preguntando por qué se escribe y para qué y para quién, para gente de qué color y dolor y de qué condición, para enjugar qué lágrimas, para resañar qué sangre, qué cárcel, qué destierro o nada más para encender la pequeña luz de la máquina de escribir de tu cerebro, encender tu memoria, tus ojos, tus manos, los diez y doscientos dedos de tus manos sin experiencia ni recuerdos sin ningún plegado y dormido recuerdo para prender la pequeña llamita azul y verde sin esperanza y quebradiza y vidriosa de su raquílica página, de tu donoso y vacío cuento, de tu espantosa novela, de tu delgado drama garrapateado por tu temblorosa caligrafía, pero no por la robusta letra y grafía de tu desasosiego, de tu insomnio, de tu maldad portátil, de tu monona bondad, de tu maldad, de tu pobrecita maldad, de tu apenas respirada bondad, el vacío de aire de tu bondad, la burocracia de tu bondad, de tu cobardía, de tu indiferencia, de tu neutralidad, del agua destinada que eres tú y tu cuerpo y tu alma, los tres juntos sin nadie, plantado en la silla pero no en la tierra, solo, vacío, desalojado por la radiante vida en el vicio solitario de tu literatura, solamente exterior, enteramente vacunada y desinfectada, cortada, aislada, seccionada del mundo y sus injusticias, sus maldades y su miseria, su cantidad de infiernos, su multitud creciente de purgatorios, de cuchillos, de cruces, de crucificados, ignorando a Cristo, al primero y al único, a la cantidad de Cristos que, en todas partes del mundo, en el mundo de hielo y en el mundo de llamas, en el mundo verde, amarillo, rojo, negro, enrojecido, está esperando tu palabra, tú que estás lleno de palabras del diccionario, de la enciclopedia, de la universidad, de la cátedra, repleto de

las palabras del alfabeto y no de la vida y no de la muerte vivida, nunca viva del todo, jamás enteramente muerta, sólo viviendo y muriendo nada más para eso, para que la maten en los ojos, en la boca, para que no griten bárbaro sus ojos, para que no vomite la boca palabras llenas de sangre, sangre llena de palabras, ruta por donde están pasando, desde hace centenar de tiempo los asesinos de turno, con botas, sin botas, con botas y desverguta los incansables decorados verdugos. En otras palabras, y descendiendo a la tierra, ¿para qué escribir cuando no se nace escritor? Se nace escritor como se nace gigante o enano, rubio o moreno, bello, espantoso u horrible, santo o demonio, no se trata de hacer el fabuloso trabajo el que quiere sino el que puede y son pocos, poquísimos, minuciosamente contados los que en verdad valiosos y radiosos y no me importa si me incluyo entusiasmado u horrorizado a mí mismo en esta requisitoria, esta acusación, esta mea y tea culpa. Si no hubiera premios literarios, honores, aplausos, brocados, entorchados, honores, también olores, no siempre de santidad, el sudoroso, afanoso, denodado olor y de la multitud anónima del barrio, de la provincia, de la cordillera, del bosque, de las aguas, ¿escribirías tu escribidor descolorido y ojeroso, pintarías tú, pintor pereza tu pereza? Se nace vivo o se nace muerto, aunque las apariencias muestren otra cosa, se viene al mundo sin nadie, sin espaldarazo ni recomendaciones, se nace predestinado o desahuciado, no hay otra puerta de entrada o de salida. En otras y las mismas palabras, ¿por qué no lanzar una tesis, un manifiesto, un proyecto de ley internacional, patrocinado por las Naciones Unidas, por la Unesco y sus privilegios empastados, declarando la literatura una exclusividad absoluta, y no disoluta, con jueves fieros, clásicos y soberanos, sabios sabihondos tremendamente leídos, jueves malvados malvadamente justos y disolutos -no se puede hacer buena literatura con buenos sentimientos, señalaba André Gide-, provistos, adornados resguardados por una cohorte, dos cohortes, doscientas cohortes, sesenta veces trece cantidad de jueves, fiscales, verdugos al pie de cada escritorio, de cada sociedad y sindicato de escritorio y sus zalemas y academias de felpa y oro, pintarrajeados de azul, verde rojo, azul cielo del infierno, verde esperanza de la desesperanza, amarillo de miedo, terror, agonía, azul verde amarillento y harapiento, color y paño gastado por las genuflexiones y las ceremonias y no barnizadas por las lágrimas, las lágrimas del sufrimiento sin tregua, las lágrimas de la sangre que sigue corriendo desde que nos descubrieron y saquearon, las lágrimas de la soledad, de la saciedad, del destierro, del abandono, para sancionar digo, y digo bien, o trato de decirlo, a todo aquel delincuente espiritual sin espíritu que se pretende escritor sin serlo, que se muere por ser escritor, morir sin estar vivo, no, no lo estás, eres sólo una apariencia. El que escribe y escribe mal o pésimo, el que junta palabras palabras palabras que no contienen nada dentro, es un falsario, un ladrón, un estafador, un asaltante en despoblado un falsificador, ese santo mocarro está aquí y en la quebrada del ají jurando a dios en vano, el dios de los escritores, de los verdaderos y auténticos, de los enfermos desahuciados de la salud de la literatura y nada más y nadie más. Recuerdo, y ya lo he contado en otra oportunidad, que Ricardo Latcham, el inteligente, frívolo y despectivo Ricardo Latcham, contaba cierta tarde, en un corrillo de gente del oficio en una librería de viejo de la calle Alonso Ovalle, en una cafetería de calle Ahumada o en las oficinas del desaparecido y nostálgico diario 'Extra', que uno de esos días se le acercó un imberbe mequetrefe, con más agallas que un tiburón, a pedirle hiciera el favor de otorgarle un certificado. Se lo dio. Su texto era, textualmente, el siguiente: Ricardo Latcham certifica que don Braulio Arenas es poeta

(Continúa en la página siguiente)



EN su última visita a Cuba, febrero de 1996.

una muerte y una resurrección. Desde muy joven, pues ahora padezco por causa de la pequeña contaminación llamada vejez, sí, desde muy joven he pensado, tal vez más intuído y sospechado que pensado, que la literatura, el hecho literario en sí, la llamada creación, que no es más que una información y una búsqueda en las tinieblas, es o debiera ser, tendría absolutamente que ser, si no no vale, una entrega total, un renuncio absoluto a los menesteres

FINITO

lórico. Latcham otorga el presente certificado a petición del interesado y para los fines que estime convenientes".

SU OBRA INEDITA

No es muy alegre su visión del panorama literario chileno, señor Droguett. Usted es un destructor. "La pasión de la destrucción es una pasión crea-

"Yo mismo lo he dicho hace un momento. Hay grandes y geniales nombres junto a unos pequeños y una multitud de enanos. Enanos que se creen gigantes y que actúan como tales. O tratan de hacerlo".

En la prosa, cuento, novela, ¿quiénes pueden aspirar a la total vigencia? ¿Qué escritores?, ¿qué escritos? ¿Es Chile un país de poetas, de novelistas, de cuentistas?

"No se debe, me parece ser tan administrativo y

na de novela, cuento, que le habría gustado escribir?

"Voy a cometer la picardía de no citar los autores sino los textos. Es más curioso y estimulante. Me habría gustado escribir *La señora, La picada, En provincia, El fantasma del buque de carga*".

¿Y qué obras no le habría gustado escribir?

"Dos, al menos dos. Dos novelas, Quiero decir dos abortos de novela. Una del tiempo pasado, otra del tiempo presente".

Usted ha recordado, con alguna agradecida nostalgia, cómo, cuando se iniciaba en las letras, un escritor francés, a quien no conocía y al que nunca llegaría a conocer, con extraña y formidable generosidad, lo tradujo y publicó en Francia. Eso, en su juventud. Y ahora, ahora mismo, es ya notorio, pues la noticia circula a nivel de las universidades, que otro investigador, también francés, está muy interesado en su obra.

"Sí, así es, así ha ocurrido en mi azarosa, pero jamás desesperada trayectoria. En mi juventud, Francis de Miomandre, desde la lejana Francia me tendió la mano y su gesto y conducta fue de salvación, de afirmación, de confirmación. Gracias a él seguí vivo. Y ahora mismo, en mi vejez, no voy a decir en mi gloriosa vejez, sino en mi odiosa vejez, se ha repetido, sin yo esperarlo ni soñarlo, el milagro. Alain Sicard, el profesor Alain Sicard, mi amigo Alain Sicard, de la Universidad de Poitiers, un conocedor y un experto en literatura de lengua española, ha descubierto, o vuelto a descubrir, desde el extraordinario espíritu universitario y universal francés que soy yo un escritor más o menos importante y ha procedido, es decir, está procediendo en consecuencia. De ahí que, como un gesto de mínima comunión y consecuencia, yo pedí a la Editorial Universitaria de Santiago, que fuera él y nadie más quien prologara la edición definitiva de mi novelita 'Eloy'. Porque Alain, en esta hora crepuscular de mi trayectoria, está siendo el prologuista, depositario, carcelero de toda mi obra original, la publicada, la inédita".

Dicen los especialistas que su obra inédita es frondosa. ¿Cuánto de frondosa es?

"No mucho, no demasiado. Hemos hablado del tema tan actual de literatura y polución, ¿verdad?".

Por favor, puede precisar un poco. ¿De qué se compone su obra inédita? ¿Qué volumen tiene?

"Bueno, ahí el estudiante curioso o morbos o el investigador con alma de notario, puede encontrar algunas novelas, dos o tres, no sé si cuatro, una cantidad de cuentos y narraciones, que no he contado, algunos ensayos, un análisis de la obra de Camilo José Cela, una visión de la obra poética de Pablo de Rokha, un examen del Popol-Vuh, el admirable pueblo indígena asaltado y saqueado por los cristianos conquistadores españoles".

¿Se siente satisfecho con el trabajo realizado?

"No del todo. A veces, me viene a visitar la desazón, la obsesión, la frustración de no haber cumplido todo lo que soñaba. Por falta de tiempo, porque justo te llegan las tinieblas cuando estás o te crees todo iluminado. Hay textos que se han quedado sólo en bocetos, bosquejos, programas, suspiros, ilusiones, tergiversaciones y no versiones, coplas de pie quebrado. Algunos textos de la Biblia me obseden, *El licenciado Vidriera* me pena. También la sobrina de don Quijote. Creo que me estoy alejando, cercenando de todo eso".

En otras palabras, se siente terminado. ¿Ya no tomará la pluma, ya no golpeará el teclado de la máquina de escribir?

"No he dicho eso. Sólo estoy cansado. De escribir y de vivir. Pero diga aparcero, el cansao de vivir, ¿ónde se sienta?, dice la famosa copla".

¿Ya no escribirá nunca jamás?

"No sé lo que haré o no haré. Veremos, como dijo el ciego" ●

Agosto / Septiembre, 1995
Wabern, Suiza



EN la plaza San Marcos de Venecia, octubre de 1994, con su hijo Marcelo y la compañera de éste, Nicole.

dora, dijo alguien más inteligente que yo".

Es usted totalmente pesimista. Y, sin embargo, está comprometido en lo que dice, usted escribe.

"Soy un pesimista optimista. Si examina bien lo que he dicho, es claro y notorio que me incluyo en las taras y deficiencias de nuestra corta y delgada literatura".

Que puede exhibir con orgullo nombres famosos, internacionalmente consagrados e inmortalizados.

minucioso. Un país, una raza, una edad histórica, no es un todo homogéneo, como un trozo de granito o de hierro. Hay variedades y matizaciones. Los contrafuertes, cimas, precipicios, crestas, abismos de la geografía, también se repiten, con seguridad parecen reflejarse, en la otra geografía, la del espíritu. La literatura, como la pintura, como la música, es un producto de la tierra. Como el maíz y el trigo. La literatura forma parte de la agricultura del alma, de las pasiones, del ser espiritual inserto en el ser carnal. La literatura es, o debiera ser, el retrato, la radiografía, las señas de identidad de un pueblo, de una raza, de una edad. No nos pongamos trascendentales y solemnes pero esta es la verdadera que no depende de nosotros. La suelen llamar destino".

¿Hay grandes novelistas, grandes poetas en Chile?

"No habríamos charlado durante horas y horas si no los hubiera, hay grandes, o ha habido, grandes novelistas y cuentistas, y grandes poetas, pocos, poquitos. La calidad sustituye con ventaja la cantidad".

¿No ha envidiado alguna vez a algún colega, vivo o muerto, novelista, cuentista, poeta? ¿Hay algún texto que le hubiera gustado a usted escribir?

"Sí, soy un envidioso. Como toda persona medianamente viva, por supuesto que soy un envidioso en la especie y en mi especie. Pero a más de alguno, no sólo en Chile, también en el extranjero, le he tendido la mano y he intentado sacarlo de la oscuridad. En Cuba, por ejemplo, en el concurso internacional de novela, a veces, en el exilio, recordando, me he preguntado si no hice mal en tender aquella vez mi mano. Trato de no responderme, pero, como soy un romántico, creo que en las mismas circunstancias volvería a proceder como lo hice. Que te muerdan la mano tendida es normal, aunque, además, sea anormal".

Hablábamos de envidias en el plano creador. Soy más directo, ¿hay, por ejemplo, algún cuento, pági-

La muerte de Droguett

Curiosa la forma en que muere Carlos Droguett lejos de su tierra, a los 83 años de una vida bien vivida, luchadora y altiva. El 14 de julio pasado decidió visitar el museo dedicado a Sherlock Holmes en la pequeña ciudad de Meiringen, cerca de Berna. Brillante reportero policial en su juventud, función que le permitió recoger importante inspiración para su obra literaria, Carlos Droguett tenía gran interés en conocer ese museo. Cerca de Meiringen es donde Arthur Conan Doyle "mata" a Sherlock Holmes haciéndolo caer en una cascada (después se vio obligado a "resucitarlo" por la presión de sus lectores). Acompañaban a Droguett su hijo Marcelo y su nieta Rebeca. Mientras Marcelo Droguett compraba las entradas, el escritor fue a mirar un retrato de Conan Doyle y no vio la escalera por la cual cayó. Fue trasladado al hospital universitario de Berna, donde se le operó de urgencia. Se estaba recuperando bien -incluso hizo reír a su nieta Rebeca con opiniones sobre literatura- pero tuvo complicaciones. Una embolia pulmonar le causó la muerte el 30 de julio.

Los funerales de Carlos Droguett se efectuaron el 6 de agosto en Berna con la presencia de familiares, amigos y funcionarios de la misión diplomática de Chile en Suiza, entre ellos el embajador Benjamín Concha y el cónsul Patricio Guesalaga.

Hablaron Jean-Marc Pelorson, traductor de "Patatas de perro" y de "El compadre", y los hijos de Droguett, Carlos y Marcelo, su nieto Francisco (que prácticamente vivía con él), y su nuera Nicole. En la ceremonia fúnebre se leyó el Credo de Don Helder Cámara, buen amigo del gran novelista chileno